

nado con el nombre de *Dobrucha*. Las instrucciones que de su gobierno había recibido el comandante en jefe británico le prohibían, como hemos visto, penetrar en esas regiones insalubres, y parecía que Saint-Arnaud estaba de completo acuerdo con su colega respecto de este punto: «Lord Raglán, escribía en 9 de julio, tiene tan pocas ganas como yo de ir en busca de fiebres en las llanuras del Danubio (1).» ¿Qué motivo pudo inducir ocho días después al mariscal á realizar una expedición á aquellas peligrosas comarcas? Nadie lo supo entonces, ni nadie lo sabe tampoco actualmente. ¿Quería, mediante una diversión, engañar á los rusos en el momento de embarcarse para Crimea? ¿Sentía impaciencia por probar prácticamente, por medio de una corta incursión, el valor ó la solidez de un nuevo cuerpo de caballería irregular turca, los *bachi-buzuks*, que Francia había tomado á sueldo hacía poco y que habían sido organizados con el nombre de *spahis de Oriente*? ¿Ambicionaba, como han afirmado los enemigos del Imperio, ofrecer á Napoleón III, el día de la fiesta del 15 de agosto, algún parte de una victoria? Todas estas razones han sido alegadas, pero ninguna de ellas justifica una resolución tan extraordinaria. Hay quien ha dicho que el comandante en jefe se hacía la ilusión de que el movimiento y el cambio de aires combatirían la naciente epidemia. ¡Singular remedio esa marcha en pleno mes de julio, al través de regiones malsanas, desprovistas de bosques y de aguas corrientes! Esta razón es de tal índole que apenas puede recordarse cuando se piensa en las consecuencias de aquella empresa.

La expedición de la Dobrucha, en concepto del general, había de ser simplemente una demostración rápida, un paseo militar para perseguir á algunos cuerpos rusos insignificantes que se encontraban en la orilla derecha del Danubio. Las guerras de Africa habían acostumbrado á los generales á esta clase de operaciones intentadas algo al azar, en las que la habilidad de los jefes secundarios, la destreza de los soldados y la buena suerte de todos hacían las veces de previsión. Según la orden del cuartel general, los *bachi-buzuks* eran los encargados de practicar un reconocimiento hasta el centro del país, estando apoyados por la primera división (división Canrobert), que avanzaría hasta Kustendje y, en caso necesario, hasta dos etapas más allá. Las divisiones segunda y tercera también habían de abandonar su campamento de la meseta de Franka, pero no debían ponerse en camino sino dos días después. El curso que estas dos divisiones habían de prestar á la expedición era muy limitado: la segunda había de detenerse en Mangalia; la tercera había de tener como objetivo extremo Bazardjik y no debía penetrar en la Dobrucha. Todas las tropas tenían orden de estar de regreso en los primeros días de agosto, es decir, antes de la época señalada para el embarque hacia Crimea.

La primera división partió el 21 de julio por tierra, excepto el 1.º de zuavos, que fué transportado por mar á Kustendje, y tras ella salieron los *bachi-buzuks*, quienes haciendo etapas dobles habían de adelantarse muy pronto. La partida fué alegre; las tropas esperaban encontrar antes de poco al enemigo, y esta pers-

(1) Despacho del 9 de julio (Camilo Rousset, *Guerre de Crimée*, tomo I, pág. 136).

pectiva excitaba los ánimos. Los expedicionarios atravesaron primeramente una comarca poblada de bosques, llena de verdor y de frescura y regada por abundantes aguas, en donde la marcha era más bien un placer que una fatiga. Así transcurrieron las dos primeras jornadas; pero al final de la segunda etapa, después de haber escalado la escabrosa vertiente de una montaña, las tropas vieron delante de sí una inmensa planicie sin árboles, casi sin viviendas y cuyas últimas líneas se perdían en el horizonte. Muchos oficiales que habían estado en Argelia recordaron el aspecto del Sahara, tal como se ve desde los montes que en su lindero se alzan. Aquella tierra de desolación era la Dobrucha.

El 23 de julio comenzaron nuestros soldados á penetrar en aquella región inhospitalaria: el terreno estaba casi inculto y en gran parte cubierto por grandes hierbas que se pudrían allí mismo; no había una fuente ni un arroyo, nada más que pozos que daban un agua salobre y malsana. Los *bachi-buzuks* alcanzaron á nuestros regimientos y luego los dejaron atrás poniéndose á galopar por la llanura, algo indisciplinados y caprichosos, poco obedientes todavía á la voz de sus oficiales y más ávidos de entregarse al saqueo que de combatir. Detrás de ellos iban las tropas de la primera división, siguiendo una senda estrecha y á menudo interrumpida, fatigadas no tanto por lo largo del camino como por la tristeza de los lugares, debilitadas por el calor y buscando en vano un enemigo que no se dejaba ver. Ni siquiera tenían para animarlas á su jefe, pues el general Canrobert se había embarcado en el *Caradoc* para explorar las costas de Crimea, y en su lugar ejercía el mando el general Espinasse, que no contaba en tanto grado como él con la confianza y el afecto de aquellas fuerzas.

Después de cinco días de marcha, llegaron los expedicionarios á Mangalia, en donde ya acampaban los *bachi-buzuks*, que saqueaban ó destruían todo lo que los cosacos no habían tenido tiempo de llevarse. Los habitantes de la población habían huído llevándose consigo sus rebaños y algunos restos de sus escasos bienes. En aquel triste lugar descansaron las tropas, prosiguiendo luego su marcha hacia el Norte. El espectáculo que á sus ojos se ofrecía era siempre el mismo: á la derecha, pantanos que se extendían hasta el mar; á la izquierda, bajas colinas que se destacaban en la dirección del Danubio; aquí y allí, algunas manadas de caballos salvajes y algunas chozas todavía humeantes que los forrajeadores rusos habían incendiado al emprender la retirada; y de cuando en cuando unos montículos irregulares, especie de *tumuli* que eran, según se decía, antiguos sepulcros y que los soldados contemplaban con sorpresa unos y otros con toda la tristeza de un presentimiento. El día 28, los expedicionarios vivaquearon junto á un estanque, en la aldea de Pollas, y al día siguiente, muy temprano, estaban en Kustendje, en donde habían desembarcado hacía tres días los zuavos del primer regimiento, y de donde habían salido ya para efectuar su marcha de avance. A pesar de la fatiga, hasta entonces no se habían registrado sino unos pocos casos de cólera. Por otra parte, acababa de circular entre las tropas una buena noticia: los *bachi-buzuks* habían trabado dos pequeños combates con los cosacos que recorrían la llanura, y esto hizo concebir la esperanza

de que aquellas escaramuzas serían el prelude de una acción más seria y de que al fin algo de gloria alcanzaría aquella ingrata expedición. En esta confianza, encamináronse las tropas, al atardecer del 29, hacia Kardalik, y á la una de la noche nuestros soldados vivaqueaban alegres por la perspectiva de una próxima batalla. Desgraciadamente el enemigo que encontraron no era el que esperaban.

Cuando por la mañana se tocó diana en el campamento, muchos hombres continuaron echados para no levantarse más; otros que apenas podían incorporarse en medio de sus consternados compañeros, volvían á caer vencidos por la enfermedad. El cólera, que había seguido al ejército desde su salida de Varna, pero que hasta entonces no había descargado sus golpes, acababa de hacer irrupción en aquella columna desgraciada y había podido escoger á su antojo sus víctimas entre aquella multitud debilitada por el calor, extenuada por el cansancio de la marcha y deprimida por todas las influencias de un clima insalubre. El 1.º de zuavos, cruelmente atacado por el mal desde hacía dos días, se unió al resto de la división y al mezclarse con ella aumentó el contagio. Entonces comenzó una retirada de la cual conservaron un recuerdo indeleble los sobrevivientes: no había recursos para combatir la epidemia, pues faltaban los medicamentos y más aún los medios de transporte; requisáronse algunas *arabas*, especie de carros búlgaros sin muelles, y los soldados de infantería, con sus tiendas de campaña y algunas maderas de cercas que arrancaron de las casas, construyeron parihuelas para los enfermos. Pero la enfermedad, que aumentaba por momentos, hacía inútiles, así las inspiraciones de la abnegación como los esfuerzos de la ciencia. Durante aquellas lúgubres etapas, más de una vez se vió á los que llevaban las parihuelas soltar su pesada carga y caer junto á los improvisados lechos portátiles en que sus compañeros yacían; á menudo también era preciso interrumpir la marcha para dar sepultura á los muertos: en estos casos, abríase á toda prisa una fosa, los soldados se descubrían, un oficial rezaba una corta oración, se echaba un poco de tierra sobre los pobres cuerpos apenas enfriados, y la columna proseguía su camino, ocupando nuevas víctimas las parihuelas ó los puestos de las *arabas* que habían dejado vacíos aquellos á quienes se acababa de enterrar. Y hasta llegó á suceder, según se afirma, ¡tan fulminante era la enfermedad!, que los mismos que preparaban las tumbas se sintieron atacados mientras ejecutaban su fúnebre faena, y heridos de repente por la muerte, fueron sepultados pocas horas después en la fosa que habían comenzado á abrir (1). En medio de estas espantosas calamidades, nuestros soldados, sea dicho en honor suyo, no se abandonaron á la desesperación, sino que, muy al contrario, no dejaron ni un momento de preocuparse del buen nombre del ejército: los sobrevivientes tenían á gran honra llevarse las armas y las mochilas de sus compañeros muertos, por temor de que de ellas se apoderasen los rusos; la consternación era inmensa, pero nadie se indisciplinaba ni murmuraba siquiera. No se portaron de igual modo los *bachi-buzuks*, que al presentarse los primeros

casos de epidemia se separaron del resto de las fuerzas y emprendieron una fuga desordenada, como para substraerse á aquella apesada atmósfera, dejando marcadas las huellas de su paso con los cadáveres que abandonaban en el camino.

En estas condiciones se desandaba lo que se había andado tres días antes. En el vivaque de Pollas encontraron los expedicionarios algunos furgones de artillería, víveres y algunas cajas de ambulancia, que fueron otros tantos recursos preciosos en medio de tanta aflicción; allí también volvió la división á ver á su digno jefe, el general Canrobert, quien al desembarcar del *Caradoc* había tenido noticia del gran desastre y había salido al encuentro de sus tropas para compartir sus penalidades. El general hizo embarcar en Kustendje á los dos batallones del 1.º de zuavos, que eran los que más habían sufrido; y en cuanto á los demás regimientos, prosiguieron la retirada por tierra, pero sin que la epidemia disminuyese en lo más mínimo, como lo prueba el hecho de que en la noche del 2 al 3 de agosto fallecieron en los campamentos ó en la ambulancia trescientos hombres (2). En el entretanto, la columna apresuraba su marcha sobre Mangalia, en donde había de encontrar los buques que conducirían los heridos á Varna; pero al llegar allí ofrecióse á sus ojos un horrible espectáculo: en las calles de la población y en sus afueras yacían los *bachi-buzuks*, unos muertos ó moribundos, otros abandonándose pasivamente á la calamidad. El día 5 llegaron los barcos esperados y el 6 fueron embarcados los coléricos; las escenas que en aquella ocasión se produjeron fueron tan desgarradoras que la pluma se resiste á describirlas y el corazón se oprime al recordarlas; unos enfermos, al acercarse á la playa, rasgábanse los vestidos y querían arrojarlos al mar para extinguir el fuego que les devoraba; otros, perdido del todo el sentimiento de la vida, se dejaban conducir como masas inertes; algunos murieron en la ribera y sus cadáveres permanecieron allí tendidos en la posición de su última agonía; y en una de las barcazas que transportaban los enfermos al *Calypto*, fallecieron diez y siete hombres antes de llegar á bordo (3).

Terminado el embarque, la columna, libre de la impedimenta de los enfermos, continuó su marcha á Varna, aunque perseguida siempre por la epidemia, si bien ésta causaba menos víctimas, sea porque la expedición hubiese salido de la región más insalubre, sea porque los sobrevivientes fuesen realmente refractarios al mal.

Entonces pudieron contarse los muertos: la primera división, en el momento de partir para la Dobrucha, se componía de 10.500 hombres; de éstos, 2.500 habían sido atacados por el cólera, habiendo sucumbido 1.886; la segunda división, que no había pasado de Mangalia, había perdido 354; y la tercera, que no había entrado en la Dobrucha, 34. En cuanto á los *bachi-buzuks* ó *spahis de Oriente*, no pudo calcularse el número de sus muertos: habiéndose desbandado ó dispersado, ya no volvieron á reconstituirse; una orden del general en jefe los licenció, y esta medida fué el único beneficio que produjo aquella lamentable expedición. A estas cifras

(2) Doctor Quesnoy, *Souvenirs militaires et médicaux de la armée de Crimée*, pág. 49.

(3) Doctor Quesnoy, *Souvenirs militaires et médicaux de la armée de Crimée*, pág. 50.

(1) Véase Doctor Baudens, *La guerre de Crimée, ses ambulances*, pág. 187.

hay que añadir las defunciones registradas en los campamentos y hospitales de Varna, en Gallípoli y en el Pireo, que elevan á 5.000 el número total de muertes causadas por el cólera en el ejército de Oriente desde el mes de junio al 20 de agosto (1). Este cálculo, sin embargo, es incompleto, porque no comprende ni las pérdidas de las tripulaciones de la escuadra, que también sufrieron mucho, ni las de los ingleses, que, en verdad, fueron menos maltratados que nosotros. Además, entre aquellos á quienes la muerte respetó, muchos quedaron demasiado debilitados para tomar parte en las operaciones activas de la guerra y hubieron de ser conducidos á Francia; otros permanecieron en el cuerpo, pero conservaron la huella de la enfermedad y fueron durante el resto de la campaña fácil presa para toda clase de enfermedades. Como se ve, Varna y Bulgaria nada tenían que envidiar á los lúgubres recuerdos de Jaffa.

El destino, queriendo que las desgracias del ejército de Oriente fuesen proporcionadas á sus glorias futuras, todavía tenía reservada una nueva calamidad.

El día 10 de agosto, á eso de las siete de la noche, se distinguió desde lo alto de los campamentos que rodeaban á Varna una espesa columna de humo que se arremolinaba sobre la ciudad y que aumentó rápidamente hasta el punto de obscurecer la atmósfera. Al mismo tiempo oyóse tocar á generala, y de vivaque en vivaque los clarines y las trompetas repitieron el toque de alarma. A toda prisa se dirigieron á la población los batallones, entre los cuales había algunos llegados aquella misma mañana de la Dobrucha, que se habían librado de un desastre para presenciar otro nuevo. En la parte baja de Varna, no lejos del puerto, en el almacén de un comerciante de líquidos, acababa de estallar un incendio que amenazaba invadir toda la ciudad. Las construcciones de aquel barrio, que era el de los Bazares, eran todas de madera; soplaban el viento que venía del mar y que avivaba las llamas, y varios grandes almacenes de aceites y de líquidos espirituosos, de viveres y de prendas de equipos almacenados por cuenta de la administración militar, ofrecían abundante pasto al incendio. Las tripulaciones de los buques anclados en la rada acudieron inmediatamente con sus bombas: franceses, ingleses y turcos rivalizaron en celo los unos trabajando para localizar el fuego y los otros tratando de poner en salvo algunos objetos, como paquetes de uniformes, cajas de galleta, barriles de aguardiente; pero todos estos esfuerzos parecían inútiles y los jefes presenciaban consternados la destrucción de aquellas provisiones con tanta solicitud reunidas.

Muy pronto una preocupación más terrible se sobrepuso á todas las demás: las llamas envolvían tres grandes construcciones de piedra que servían de almacenes de pólvora á los ingleses, á los franceses y á los turcos, y de los cuales el de los franceses, por no estar abovedado, ofrecía especial peligro. Algunos intrépidos artilleros, ayudados por los marinos y soldados de infantería, subieron al tejado del polvorín y extendieron sobre él paños y mantas mojados sobre los que arrojaban agua continuamente las bombas. Al mismo tiempo, los ingenieros derribaban á hachazos las casas inmediatas

(1) Cuadro estadístico de las pérdidas del ejército de Oriente. (Scribe, *Relación médico-chirurgical...*, pág. 74.)

con la esperanza de dejar los polvorines aislados. Todo, sin embargo, parecía inútil al principio: generales y oficiales hallábanse en el lugar de la catástrofe dirigiendo los trabajos y á veces tomando personalmente parte en ellos; también había acudido allí el mariscal, doblemente impresionado por el horror del suceso y por los sufrimientos agudos de una de esas crisis que padecía, y más de diez veces estuvo tentado, según confesó al día siguiente, de mandar tocar retirada. Vencido por el dolor físico, retiróse al fin dejando al cuidado de su jefe de Estado mayor, el general Martimprey, el decidir cuándo sería necesario hacer retirar á los soldados á fin de evitarles el peligro de la explosión. Habíanse producido ya varios pánicos y se había visto á los fugitivos correr alocados hacia la campiña; las llamas lamían ya las paredes del polvorín y los trabajos desesperados de los zapadores no eran tan rápidos como los progresos del incendio; y el general Martimprey interrogaba al general Thiry. «¿No opináis que la partida está perdida?» le preguntaba, á lo que su colega consternado respondía: «Sólo un milagro puede salvarnos (2).» Sin embargo, contra lo que se temía, los zapadores lograron aislar los depósitos de pólvora y en el mismo instante un cambio repentino de la dirección del viento empujó las chispas hacia el mar. El peligro supremo estaba conjurado; pero la séptima parte de la ciudad había quedado destruida, lo propio que buen número de nuestros almacenes, y esta nueva catástrofe, unida á la epidemia colérica y á la expedición de la Dobrucha, completaba cumplidamente la serie de las *calamidades de Varna*.

V

Fácilmente se adivinan las emociones que debió experimentar el general en jefe en presencia de tantos desastres: en público mostraba un rostro impasible, y cuando pasaba por entre las filas de las tropas, éstas seguían admirando al caudillo brillante y atrevido que á fuerza de energía dominaba sus desfallecimientos y sus ansiedades; pero en la soledad y en la intimidad ya no disimulaba su abatimiento: «Me encuentro en medio de un vasto sepulcro, escribía, viendo cómo perecen mis soldados en el momento en que más necesitaría de ellos... He visitado en las alturas de Franka los dos hospitales de calenturientos y los restos del 1.º de zuavos, y he visto 1.100 enfermos y 2.000 enclenques... Cada día paso cinco horas entre muertos y moribundos..., y en cuanto á mí, añadía forjándose singulares ilusiones sobre sí mismo y con descorazonada amargura, me fortalezo con todas esas saludes que se van (3).» A estas tristezas uníase el asombro un tanto ingenuo del hombre que, en una carrera brillante, ha realizado cosas relativamente fáciles y no ha conocido las largas previsiones de la política y de la guerra grandes. Otras veces, el mariscal se rebelaba contra las desgracias pasajeras del destino: «Nada me habrá faltado, escribía en 13 de agosto, ni el cólera ni el fuego... No espero más que la tempestad... para desafiarla. Todo lo venceré, pero consumiré el resto de mi vida.» En algunas ocasiones se concentraba en sí mismo y, fatigado de sus esfuerzos, aspiraba

(2) *Correspondance inédite du general de Martimprey*.

(3) *Correspondance*, tomo II, págs. 456, 457, 459.

á regresar á la patria «á disfrutar de un reposo completo, absoluto, de una calma perfecta en medio de los suyos.» Pero este reposo no le atraía hasta el punto de que no quisiera, antes de gozar de él, «dar un golpe rápido y conseguir una gran victoria (1).»

¿Daría realmente ese gran golpe? ¿Lograría en la tierra de Crimea esa gran victoria? Muchos eran los que lo dudaban, porque tantas desdichas acumuladas habían engendrado cierta desconfianza. En los ocios del campamento se habla mucho sin que las palabras se hallen siempre contenidas por la disciplina, y se forma á la larga, como en la sociedad civil, una especie de opinión pública que, según las circunstancias, debilita ó fortalece el mando. Los pesimistas (y no faltaban allí por cierto) se espantaban de los huecos que la epidemia había dejado en las filas y contaban el número de hombres enclenques, que sin haber ingresado en los hospitales y sin estar ni siquiera sometidos á un tratamiento en las tiendas de campaña, eran, sin embargo, demasiado débiles para el servicio de la guerra. El cólera había atacado y atacaba todavía á las tripulaciones de la escuadra; ¿sería, pues, prudente embarcar á las tropas en los buques contaminados? ¿Estaba completo el material? ¿No había sido acaso destruida por el incendio una buena parte de las provisiones? Además se consideraba que la estación se hallaba demasiado avanzada para emprender una campaña tal vez larga y ardua, y se temían las dificultades del desembarco y las tempestades del equinoccio en las temidas aguas del mar Negro, fundándose para esto último en el parecer poco disimulado de los almirantes aliados, más hostiles que favorables á una gran expedición marítima. Los mismos ingleses, después de haber formado un primer plan de irrupción en Crimea, parecían más dispuestos á esperar que á llevar el plan á la práctica. El mariscal no ignoraba esa oposición vaga y sorda: «Muchos vacilan, escribía en 19 de agosto, ó son ahora contrarios á la expedición; quiero conocer nuevamente la opinión de los jefes (2).»

Y en efecto, los reunió el día 22 de agosto, pero no tanto para consultarles como para notificarles sus decisiones; y sin conseguir convencerlos á todos, logró, al menos en apariencia, que las aceptaran: describióles los peligros de una guerra allende el Danubio y los inconvenientes no menos graves de una inacción funesta para el buen nombre del ejército; les mostró la Crimea como una conquista gloriosa al par que como preciosa prenda para las negociaciones de la paz, y con una complacencia algo optimista dió á entender que la empresa sería indudablemente rápida, que las poblaciones tártaras se mostrarían favorables y que Sebastopol, mal fortificada, no resistiría al choque de nuestras tropas. Así habló el mariscal; sus palabras no desvanecieron todos los temores, y muchos, aun entre los mismos partidarios de la expedición, habrían deseado que ésta no se emprendiera sin disponer de mayores recursos, opinión que sustentaba el jefe de Estado mayor del comandante en jefe (3);

(1) *Correspondance*, tomo II, págs. 463-466.

(2) *Correspondance*, tomo II, pág. 466.

(3) «Hétenos ya lanzados, escribía pocos días después el general Martimprey, á esa gran empresa que tantas preocupaciones inspira y que fué motivo de tantas objeciones. Todos ven en ella un peligro, excepto dos ó tres que han sido siempre de parecer de que se acometa.» (*Correspondance inédite*.)

pero aunque muchas convicciones permanecían dudosas ó contrarias, es lo cierto que en lo sucesivo quedaban reducidas al silencio las objeciones. Por otra parte, después de haber venido de tan lejos, ¿podían los ejércitos renunciar á toda ofensiva ó inmovilizarse en una situación expectante? La opinión del general, discutible en todo lo demás, no tenía réplica desde este último punto de vista.

El día 25 de agosto una orden del cuartel general anunció oficialmente la próxima partida para Crimea, y desde aquel momento nadie pensó en otra cosa que en cooperar dignamente á la obra común. A todo esto, el cólera, que hacía tiempo que iba de baja, disminuyó hasta el punto de desaparecer casi por completo, y esta mejora del estado sanitario reanimó á las tropas. Hicieron á toda prisa los últimos preparativos; suplióse del mejor modo que se pudo y con los recursos locales el material que se había pedido á Francia y que aún no había llegado del todo de Tolón; la artillería terminó sus ensayos de embarco y de desembarco, y la intendencia acabó de organizar los servicios de viveres, de campamento y de hospitales. En cuanto á la escuadra, ya estaba dispuesta y sólo esperaba una última orden para tomar las tropas á bordo y llevárselas á través del mar Negro.

¿De qué elementos se compondría el cuerpo expedicionario? Los ingleses se llevaban casi todas sus fuerzas, es decir, cinco divisiones de infantería, una de caballería, nueve baterías de campaña, un parque de sitio y cuatro compañías del cuerpo de ingenieros, en conjunto unos 21.000 hombres. El ejército francés estaba formado por cuatro primeras divisiones (Canrobert, Bosquet príncipe Napoleón y Forey), que constituían cuarenta batallones, desgraciadamente muy reducidos por el cólera y por el gran número de convalecientes que quedaban en los depósitos. La quinta división permaneció provisionalmente en Varna, y por falta de suficientes medios de transporte fué también preciso dejar en tierra á la división de caballería, grave contratiempo que tuvo más tarde funestas consecuencias, embarcándose únicamente un escuadrón de cazadores de Africa y algunos spahis que el mariscal Saint-Arnaud había sacado de Argelia para su escolta personal. Las armas especiales se componían de doce baterías de campaña y de ocho compañías de ingenieros. El efectivo total del cuerpo francés se elevaba á 30.000 hombres, á los que había que agregar una división otomana de 7.000 al mando superior del mariscal.

En resumen, 58.000 hombres franceses, ingleses y turcos iban á partir para las costas de Crimea; y descontando las tropas de administración y los inútiles de toda clase, resultaba una cifra total de unos 50.000 combatientes.

Los ingleses y nuestra primera división se embarcaron en Varna; el resto de nuestro ejército, en Baltchik. El día 2 de septiembre los franceses estaban dispuestos para hacerse á la mar, pero fué necesario esperar á nuestros aliados, lo cual causó cierto descontento. Por fin, el día 7, vencidos ya todos los obstáculos, las escuadras combinadas se pusieron en marcha. Los soldados iban alegres y en buena disposición de ánimo, satisfechos de marchar hacia lo desconocido y contentos sobre todo de librarse de las tristezas y de la ociosidad de Varna;